

AL BORDE
DE UN SUEÑO



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© 2024, Catherine Parker Larrañaga
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

1ª edición: junio de 2024

RPI: 292.702

ISBN: 978-956-408-559-3

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

CATHERINE PARKER
LARRAÑAGA

AL BORDE
DE UN SUEÑO



PARTE I



Positano y el pasado

I

Positano

Años trabajando en corretaje de bienes raíces y nunca le habían asignado una propiedad cubierta por un manto de solapadas e intrigantes historias. Al parecer, el trabajo se convertiría en algo más que vender solo metros cuadrados de ilusiones a una familia, un empresario o un pequeño comerciante. Tal vez, por añadidura, aquella gran casa pondría a prueba sus habilidades, esas de las que se sabía dueña, segura e inquebrantable.

Lo esperaba hace ya casi un año y nunca estuvo más feliz de recibir una orden.

—Elizabeth, está todo listo. Pasado mañana, a primera hora, partes a Positano. El vuelo es directo a Salerno, ¿qué tal? —le dijo Esteban moviendo los pasajes de avión en la mano.

Los ojos de Elizabeth se clavaron en él. «El jefe manda y hay que obedecer», se dijo.

Hasta entonces, tenía bastante información, la suficiente para esgrimir los mejores argumentos de venta. Sabía que la ubicación era excelente: antiguo barrio residencial de clase alta en Positano. Calle arbolada con una hermosa vista al Mediterráneo y arquitectura provenzal de 1900, su favorita. Disfrutaría consiguiendo más antecedentes

comerciales del inmueble. Por el momento, solo contaba con un pequeño dossier que mostraba imágenes de una mansión maltrecha por los años, pero de gran belleza. Eran ochocientos cincuenta metros cuadrados de casa que, seguramente, cobijaron un pasado fabuloso, pensó al mirar las ajadas fotografías. Imaginó fiestas, niños jugueteando y brincando dentro de la gran piscina en el centro del jardín, mientras un pequeño *poodle* blanco ladraba asustado al ver que sus estridentes amos aparecían y desaparecían tras cada zambullida. Dibujó en su mente una familia numerosa rodeada de amigos, parientes y muchas Navidades repletas de luces decorando el enorme patio y sus ventanales.

La construcción era hermosa, a pesar de su deterioro; una techumbre de ladrillo, aún bien mantenida, coronaba la estructura de grandes vanos arqueados. La piscina, rodeada de lo que algún día debieron ser frondosos y verdes arbustos, presentaba un borde empedrado con algunas macetas de tierra seca enmarcándola.

Elizabeth esperaba ansiosa el momento de poder viajar a verla con sus propios ojos. Las fotos, de seguro, no le hacían justicia a su grandiosidad, la que, a pesar del daño debido a décadas de abandono, seguía presente.

Sumergida en la fantasía de pensar en aquella casa, volvió a la realidad con la presencia de Esteban que, con su mezcla cincuentona entre Sean Connery y Alain Delon, la miró con ternura para emplazarla a reaccionar. Era la noticia más esperada por ambos:

—Elizabeth, ¿no dices nada? —preguntó sorprendido por su actitud impertérrita—. Elizabeth —insistió casi en tono preocupado—, ¿te pasa algo?

Su corazón dio un vuelco y un escalofrío la remeció con suavidad.

La voz ronca de Esteban, su mirada intensa demarcada por su ceja en alto y su blanca sonrisa que dibujaba una sexy línea en su mejilla la hicieron reaccionar.

—Sí, sí, es fantástico —dijo sacando el lápiz que sostenía el improvisado moño en su cabeza—. ¡Al fin! Ya era hora de cerrar este negocio —dijo con energía moviendo la cabeza y despertando del hechizo.

—Vaya, me asustaste. Pensé que no te gustaba la idea de terminar con esto. Después de tanto esfuerzo, ya casi es un hecho. La oferta está prácticamente aceptada, así que esta noche celebramos por anticipado, y no acepto una negativa. Paso por ti a las siete —dijo enfático y se marchó antes de que ella encontrara alguna excusa para evitarlo.

Elizabeth vaciló, pero la ocasión ameritaba ser celebrada. Llevaban mucho tiempo tras la venta de aquella vieja mansión y por fin se acercaba el término del trato.

—¡Como usted mande, señor! —contestó con voz firme. Hizo un ademán militar y rio de buena gana.

Esteban volteó a mirarla y le devolvió una sonrisa cuando ya estuvo seguro de que la invitación había sido aceptada. En una rápida secuencia de imágenes en su cabeza, el rostro sonriente de Elizabeth le recordó el día en que llegó a la oficina.

Quedó encandilado. Su pelo peinado con vana intención de orden y sus ojos color miel bien abiertos expresando seguridad en sí misma, revivieron en él un sentimiento que creyó perdido. La muerte de su esposa apagó cualquier posibilidad de mirar a otra mujer con sesgo de romance, pero Elizabeth iluminó el espacio con su simpatía y respuestas certeras. No solo era inteligente, de opiniones agudas y decisiones rentables, sino que también embellecía el lugar con un aroma floral que recordaba siempre estar

en primavera. Su maquillaje, apenas perceptible, resaltaba sus largas pestañas y sus gruesos labios, siempre brillantes. Su mirada le dijo mucho más que sus recomendaciones curriculares y, con la certeza del impulso eléctrico que recibió su corazón, no tuvo duda en contratarla. No aspiraba a nada más que a dar un poco de alegría y belleza a sus días de viudez.

Habían pasado más de dos años en los que, entre negocio y negocio, crecía en él un deseo por tenerla entre sus brazos, besarla, acurrucarla, protegerla. Aunque si de protección se trataba, eso era algo que ella hacía muy bien por sí misma. A pesar de su fría superioridad, sintió que podría derribar su armadura de Juana de Arco, esa que no la dejaba ver sus ojos anhelantes de cariño, esa que, si podía traspasar, le permitiría volver a amar.

Pero se interponía entre ambos un acantilado autoimpuesto por Esteban. El acantilado había sido atravesado por él varios años antes que por ella. Le avergonzaba la idea de invitarla a cruzarlo, más bien tenía miedo de que ella no quisiera arriesgarse. Ese abismo, de casi veinte años de diferencia, separaba sus tierras, sus cuerpos. Solo eso impedía su deseo por revelar sus sentimientos.

Esteban solía invitarla a comer para celebrar ventas exitosas, entregarle nuevos proyectos y desafiantes negocios. Cada cena era una oportunidad para acercársele, dejando ver, con sutileza, su interés por ella. Sin embargo, la juventud y ambición de Elizabeth solo veían la forma de llegar a la cúspide profesional. El romance no se interpondría en su camino. Transformaba con habilidad toda aproximación de Esteban en una charla de trabajo sobre tareas pendientes por organizar y reuniones que agendar, cosas que nada tenían que ver con lo que él tramaba para esos encuentros.

Pero no renunciaría a la conquista; en algún momento encontraría el camino para hacer que permaneciera en la empresa y en su vida.

Elizabeth no desaprovecharía por nada la oportunidad que se le presentaba. Positano era el lugar de sus sueños. Había tenido la suerte de estar ahí años antes, pero con la sensación de necesitar más: más de sus calles, más de sus bares, más de su vida al borde del mar. Fantaseaba con vivir allí algún día.

Elizabeth contaba con habilidades únicas en el campo del corretaje. A veces, abusaba de saberse tan capaz e irremplazable que exigía comodidades extraordinarias. Esta vez puso como condición hospedarse en el Hotel San Pietro y pidió una provisión de gastos contundente, ya que tendría que permanecer allí más días de lo habitual.

El abogado del magnate, a quien mostraría la casa, llegaría dos días después que ella y, dado que la venta tenía gran relevancia estratégica, viajó con anticipación para dominar el escenario.

El vuelo fue de dos horas y cuarenta minutos. En el aeropuerto de Salerno la esperaba Enzo, el chofer de la oficina en la ciudad. Con su riguroso terno negro y atento como siempre, guardó las maletas y le abrió la puerta.

—Buenas tardes, Enzo.

—Buenas tardes, señorita Elizabeth. Gusto de verla nuevamente.

—Gracias. Tal vez nos veamos más seguido estos días, aunque estas callejuelas demandan hacerse más pequeño.

—Ya lo creo. Yo estoy a su disposición. Encantado de llevarla donde necesite. Usted dirá.

—Por ahora, directo al hotel, por favor —dijo ansiosa acomodándose en el asiento trasero.

Abrió la ventana, disfrutó del viento y del viaje por las estrechas y zigzagueantes calles.

La costa Amalfitana era una belleza de cerros empinados, repletos de casas decorando las escarpadas montañas de la geografía italiana. El moderado tamaño del lustroso Alfa Romeo los defendía de desbarrancar o quedar atrapados frente a un autobús de turistas. Lo mejor era desplazarse en motocicleta; ella ya tenía reservada la suya para los próximos días.

Al llegar a San Pietro, por un instante se sintió millonaria. El lujoso hotel en el risco más bello de la ciudad, rodeado de árboles que parecían flotar en el aire frente al Mediterráneo, la transformaban en una mujer adinerada que no era, pero que por algunos días disfrutaría de aparentar. Esteban le había permitido esos lujos momentáneos, esgrimiendo que solo accedía a ellos por la importancia del negocio y los millones de dólares que reportaría en ganancias. La verdad era que su deseo más profundo por cautivarla lo volcaba satisfaciendo sus antojos. Para Elizabeth, su única meta era concretar la venta. Si lo lograba, podría aspirar, incluso, a ser socia de la compañía y pagarse algunos caprichos sin depender de nadie: su más aguda ambición.

Ya había vendido unas cuantas mansiones en el pasado y los viajes representaban el pan de cada día, sin embargo, este en particular era su mayor desafío. Las condiciones del inmueble podían ser una desventaja. Exhibirlo desde su decadencia impedía la posibilidad de deslumbrar a quien lo visitara. Pero ahí estaba su *expertise*. Ella sabía muy bien cómo sumergir al potencial comprador en las bondades de una propiedad desierta por años. Y para ello estaba en Positano con la anticipación suficiente que le permitiera

respirar cada uno de sus rincones e imaginar en lo que podría convertirse al ser reconstruida y remodelada.

A la mañana siguiente, junio le regaló la calidez de sus tibios rayos de sol colándose por la ventana de su elegante habitación. Una suave cama, con altos pilares de madera decorados con tul, repuso sus fuerzas.

Un sillón de terciopelo verde, junto al secreter de caoba, impregnaba un aire imperial al entorno y la hacía sentir importante. Las cortinas de raso del mismo color brillaban con la tenue luz de la mañana. El desayuno, ordenado a la habitación, la esperaba sobre la mesita frente al ventanal. Caminó hacia ella sobre la abultada y suave alfombra, y se sentó a contemplar el espectáculo que dibujaba la naturaleza. El Mediterráneo ondulaba con suavidad y la luz dorada cubría los cerros de envejecidas construcciones que colgaban de los empinados riscos de aquella costa. El mar, cual espejo, reflejaba algunas nubes amarillas y rojas. Era el esplendor de un amanecer que le auguraba fortuna. Respiró profundo. Comenzaba una desafiante tarea.

Cuando sus pensamientos volvieron al trabajo, recordó a Esteban. Ahí estaba su sonrisa amplia, su mirada protectora y su hablar pausado. Pensó que tal vez todos los caprichos que le consentía tenían un propósito, y su piel se erizó poniendo en alerta un sentir que no quería transmitirle. Era un jefe perfecto y esperaba que así continuaran las cosas.

Dejó aquellos pensamientos de lado, pues debía llegar temprano a la oficina local. Ahí le entregarían las llaves de la mansión y «otras indicaciones importantes», había dicho Sofía. Esas palabras despertaron su curiosidad, pues no sabía qué otros antecedentes tendría que considerar en la transacción.

Antes de bañarse, quiso disfrutar un poco más del paisaje y del opulento ambiente a su alrededor, ese que solo gozaban quienes ostentaban altos cargos ejecutivos, y, si todo salía bien, ella podría permanecer en un lugar así.

En la oficina, Sofía la esperaba con un maletín repleto de detalles sobre la enigmática mansión. A Elizabeth su abultado tamaño le pareció insólito. Con los ojos abiertos de par en par y un tono de voz irritado, la enfrentó.

—¿Y esto? ¿Cómo es que en un año no lo he recibido en París? —dijo asombrada.

Sofía le confesó que hacía apenas un mes había logrado reconstruir todos los antecedentes de la propiedad y que, aunque lamentaba no habérselo entregado antes, debía prepararse para leer sobre una historia complicada. Hasta ese momento, Elizabeth sabía que la construcción era única y que, a pesar de su gastada vida, lucía imponente. Sabía de forma superficial que había cuentos y mitos que rodeaban su pasado. Se hablaba de amantes, asesinatos, enfermedades incurables y pasiones desenfrenadas con escalofriantes finales. Era una leyenda atrapada entre muros, susurrando secretos y rumores sobrevivientes a años de cuchicheo ciudadano. Incluso, se comentaba la existencia de un hijo abandonado que actualmente podría tener entre cuarenta y cincuenta años, pero de poco y nada se tenía certeza. Tal vez ese hombre, incluso, estaba muerto. Por ahora, solo eran chismes que iban de boca en boca y que habían logrado traspasar la frontera de varias décadas.

Elizabeth no esperaba semejante cartapacio. Sofía colocaba en sus brazos el peso de una información que apenas podía sostener. La subió al escritorio y comenzó a escudriñar. Entre los papeles oficiales, con antecedentes del inmueble, encontró una serie de manuscritos cuyo color

amarillento delataba los años que habían estado guardados. Aquellos no tenían que ver con detalles de construcción ni metros cuadrados ni especificaciones técnicas.

Mientras hurgaba, el desconcierto transformaba radicalmente su expresión. Sofía, al ver su cara, le advirtió que encontraría algo más que detalles de edificación. Ella había investigado en profundidad sobre el pasado de la mansión, con el fin de ayudarla a enfrentar preguntas que pudiesen dificultar la venta. «Descubrirás una compleja telaraña que tendrás que manejar con discreción», le había dicho, enfatizando en que este era solo el comienzo de un intrigante pasado. Elizabeth la miró desconcertada y agradecida a la vez por su generosa labor, que también le reportaría a ella algunas ganancias extras. Atónita, volvió al maletín expectante de lo que hallaría. Tomó una de las separatas que decía: «El suicidio», y a pesar del escalofrío que la recorrió, comenzó a leer.